

El salmón

Era también un momento de comenzar. Cada cambio lo era, aunque éste, particularmente, sería definitivo. Julián Gutiérrez bajó las escaleras de su departamento inmerso en lo que debería ser terrible y sorprendiéndose de que ahora le resultara tan lejano e indiferente. Si esto le estuviese ocurriendo a otro, estaría más angustiado, pensó. Pero me pasa a mí. Yo soy el que se va a morir pronto. Y tendría que estar loco de indignación.

Pero, al bajar las escaleras, el peso lerdo de la mañana bochornosa del invierno salido de su cauce le aceleró el caudal de sangre en las sienes y alrededor de las costillas, hasta producirle una náusea que sólo podía atenuar caminando más rápido o desafinando modosamente alguna cancioncita pretenciosa.

Iba ensayando una bosanova al bajar las escaleras del edificio de cuatro pisos donde vivía y al salir se encontró con una vereda deslumbrante donde el olor a humedad gorda le redobló la sensación de descomponerse. Esto es sexo, se dijo. Puro sexo, y aspiró una bocanada del aire preñado. Esto es cuando el día anda alzado y se pone a tantear a todo el mundo. Levantó la vista y buscó mujer. Pero no la había.

Se acordó a medias de la noche. Se había tomado una botellita de tres cuartos frente al heroico desconsuelo de su mujer. Él la había observado como si fuera otro el que tenía

sentencia. Como si hubieran sido tres y él asistiera al alivio que ella ensayaba darle al enfermo. A fin de cuentas, era ella la que creía disimular el sufrimiento. Un esfuerzo doloroso que la enaltecía, pero sólo delante de ella misma. Su mérito era soportar lo atroz de esconder el dolor propio para dar consuelo. Y ella sentía piedad de esa mujer que todo lo afrontaba.

Él la siguió mirando hasta que se fueron a la cama y ella cumplió con su deber. El deber de amar a su marido y de ser amada por él. Julián Gutiérrez siguió observando con vocación de joyero cada escena de la noche. Creyó notar que esa mujer todavía era deseable y se aplicó al ritual que, después de algún tiempo de ensayos, habían acordado como el más cómodo. Quizá como el único posible. Pero ahora él seguía viéndose y viéndola desde una posición de acecho, como otras veces, pero el motivo era muy diferente.

Se acordó del budín de pan. El budín de pan estaba indefectiblemente ligado a su mujer. Nadie lo hacía como ella. Con ese gusto a ella. Ni semejante cantidad de veces. El aroma del budín de pan, la consistencia, la aceptación de su frecuencia en los postres no habían mellado el espíritu contemporizador de Julián Gutiérrez, pero sí se habían ligado al espíritu de su mujer. Se daba cuenta de que esa estupidez, el budín de pan, era buena parte de su esposa, dentro de su conciencia.

Caminó la cuadra que lo separaba de la cochera donde tenía su auto y, recuperado del tenaz embate del bochorno, salió rumbo al taller de la empresa de rectificaciones para la que había viajado tantos años. Veintinueve años para la misma empresa, con el mismo patrón. Podría verse como algo excepcional, pero muchos de los que allí trabajaban eran tan antiguos como él. Porque Toni López era un buen patrón. Sumido como había estado en su mundo de pistones y bielas, era milagroso que se hubiera mantenido saludable con un carácter como el que tenía. Vivía con los nervios crispados apurándose con todas las cosas, para terminar lo antes posible. Durante largos años caminó sin parar, hacia delante y hacia atrás, con su secretaria siguiéndole los pasos y ordenando la jornada.

Ahora se desplazaba menos por los galpones, y lo hacía caminando siempre de frente. Había adquirido ese hábito

después de la caída en una de las dos fosas cuando reculaba indignado, vaya a saber por qué ineficacia. Fue un golpazo duro, un aviso y una mañana perdida en los meandros de la semiconsciencia. Esa vez, Toni López aprendió la lección.

Pero siguió apurado. Siempre quería terminar temprano para hacer lo que más le gustaba, salir de putas. A lo largo de los años había establecido una relación de afecto con su grupo de amigas. No son lindas, le decía a Julián Gutiérrez, pero son hermosas. Me encanta ver cómo se les ilumina la sonrisa cuando las invito a bailar a un boliche. Y se quedan conmigo. Tenés que venir algún día, Gutiérrez, te va a encantar.

Gutiérrez sabía poco de putas pero no descartaba la posibilidad de ir, para aprender, cuando tuviera tiempo.

Hoy es un día para putas, pensó mientras manejaba con la ventanilla abierta. Levantó la nariz y cerró los ojos. Dijo “y qué”, y se quedó manejando en la oscuridad. Esto de andar con la muerte encima no es para mí. Es para otro. Se acordó del budín de pan.

Manejó en línea recta con los párpados apretados tentando la suerte. La suerte ya está echada se dijo, pero no se lo terminaba de creer. Nadie crepa en la víspera, también se dijo. Abrió los ojos cuando el semáforo daba verde y dio una acelerada. Buscó algún pensamiento para la ocasión y algo detrás de la conciencia le hizo decir: por qué a mí, Señor.

Aquella tarde había esperado en el largo pasillo que daba a las puertas de los consultorios, numerados del uno al nueve. Para aplacar los nervios había tomado una revista de camping, caza y pesca. Comenzó a hojearla sin convicción hasta que llegó a una página que lo atrajo enseguida. Se quedó absorto frente a la foto de un gran pez que colgaba exánime de las manos de un orgulloso gordo. En muchas de sus últimas noches había tenido un sueño recurrente. Soñaba que era un pescado que nadaba río arriba. Un pescado solitario sin la menor oportunidad de comunicarse con los otros que nadaban en su misma dirección. Experimentaba con cansada energía el designio de remontar la corriente. No sabía a dónde iba pero era imperioso seguir y seguir así, en la soledad del cardumen. Se sentía prisionero del

destino y prisionero en su cuerpo, oprimido por la ausencia de brazos y por la sensación de tener las dos piernas soldadas dentro de una carcasa de músculo. Era un sueño con agua y luz, pero era un sueño espantoso.

Seguro que el gordo es norteamericano, debe ser un salmón, pensó cuando volvió de su recuerdo. Un salmón sin brazos como yo.

Siguió hojeando al acaso hasta acabar y dejó la revista sobre la pequeña mesita que había contra la pared. Una pareja de viejos esperaba en las sillas que estaban del otro lado de la mesita. Los miró y ellos le devolvieron la mirada. Los rostros de los viejos se fosilizaron en su mente, a pesar de que cambió el punto de observación. Me quieren decir que son viejos y que no les gusta estar allí. Me quieren decir que no les queda otra, así, con los ojos abiertos, sin parpadear. Y yo no puedo hacer nada.

Por fin sintió resonar su nombre. González Fernández lo estaba llamando. Para Julián Gutiérrez, llamarse González Fernández, era como repetir lo mismo dos veces. Le parecía que no había ninguna diferencia entre esos dos apellidos. Le parecía que así, uno detrás del otro, sonaban mal.

El doctor González Fernández era un hombre alto, de unos cuarenta años. Se notaba que prestaba mucha atención a su apariencia, tanto por su manera de vestir, como por su cuerpo atlético. González Fernández le sonrió y le apoyó una mano en el hombro al hacerlo pasar al consultorio.

Julián Gutiérrez asistía a esa conversación con la docilidad del que acepta que es necesario hablar de cualquier otra cosa antes de entrar a un tema que reviste gravedad. Julián Gutiérrez se daba cuenta de lo difícil que le resultaba al médico y trataba de ayudarlo.

No es tan grave que me vaya a morir, pasa todos los días, tenía ganas de decirle, pero se contuvo porque le pareció una locura.

El pronóstico no es muy bueno, dijo González Fernández, pero con el tratamiento hay posibilidades. Además, ya se sabe, la medicina avanza todos los días.

Claro, claro. ¿Y qué tengo que hacer?

Empezar con la quimioterapia, cuanto antes mejor. Aquí hay un excelente servicio y yo vengo todos los días.

Bueno, como usted diga. ¿Alguna otra cosa?

Pienso que le puede ser importante algún tipo de apoyo emocional. Eso ayuda al tratamiento. Yo mismo tengo perfil psicoanalítico y podemos conversar.

A Julián Gutiérrez le pareció fatigoso pensar en psicoanálisis. Le pareció cansador para el médico, inclusive.

No habrá otra cosa, preguntó.

¿Usted es creyente?

Qué sé yo. Bueno, más o menos. Creo en algo superior.

La verdad es que no sé qué decirle, Julián.

Cuando Gutiérrez salió del centro médico con sus estudios bajo el brazo sentía vergüenza. Caminó por el bulevar de obesas palmeras pisando con una suavidad forzada, como si quisiese que nadie lo notara. Era vergonzoso estar tan enfermo, ser tan diferente a cualquiera de los transeúntes que caminaba en la media mañana de ese día soleado y agradable. Era vergonzoso transformarse en el tema de la seria conversación de la gente conocida. Y peor todavía, tener que ser asistido.

Caminó hasta su automóvil soportando un sordo zumbido dentro del cráneo que le repercutía en todo el cuerpo. No tenía la menor idea de cómo manejarse en el taller. Ni siquiera de si iba a comunicárselo al patrón o a sus compañeros de trabajo.

Apenas entró, se fue derecho hasta la oficina de la administración y golpeó la puerta.

Adelante, dijo Toni López, que caminaba marcialmente con el pecho inflado, alrededor del escritorio lleno de los rayones y papeles.

¿Cómo te va, Antonio?

Bien, che, qué te anda pasando.

Mirá, Toni, disculpame que te moleste pero estoy jodido, che.

Toni López detuvo la marcha y Gutiérrez, tranquilamente, le fue dando algún detalle de su enfermedad.

Sentate, le dijo López y él mismo se sentó.

Las preguntas que iba haciendo López le resultaron tan atinadas a Gutiérrez que, sin darse cuenta, fue paulatinamente dejando de observarse y comenzando a estar en el diálogo.

López parecía otro, reposado y criterioso, mientras conversaba con Gutiérrez.

No te preocupés por el trabajo, vení solamente cuando puedas y cumplí con el tratamiento. Tu mujer ya sabe, ¿no?

Sí, algo sabe. Todavía no hablamos de los últimos análisis. Me cuesta contarle.

¿Por qué?

No sé, me habla diferente, como si yo no estuviera allí. Como si no me viera, como si estuviera sola.

¿Y vos, cómo estás?

Yo, de primera. Bah, me siento flojo, pero bien.

Toni López se levantó de la silla y empezó a ir y venir en dirección paralela al borde del escritorio.

Gutiérrez se quedó mirándolo mientras López seguía con su marcha enérgica. Era curioso cómo daba la vuelta sobre sí mismo cambiando de sentido. Lo hacía con un movimiento de pivote sobre el metatarso que le permitía girar de un golpe ciento ochenta grados para seguir marchando, siempre de frente.

Gutiérrez no decía nada. Se preguntaba si López habría entendido algo.

Por fin se animó a decir: bueno.

López se detuvo en seco. ¿No pensaste en ir a lo del padre Francisco?

¿Qué?

A lo del padre Francisco.

¿Cuál, el cura ese que aparece por tele?

Sí, a mí me ayudó un montón.

López pasó a relatarle que hacía diez años, en la época de la debacle, cuando ya pensaba que se fundía, sí o sí, en medio de la desesperación, sin saber qué hacer, terminó yendo a lo del padre Francisco. Había un montón de viejas en la cola. Aunque alguna pendeja linda también. Pero el horno no estaba para bollos. Había que llevar una vela prendida y era tanta la gente que la vela terminaba chorreándote la mano.

A final llegó con la vela cortita hasta donde estaba el padre Francisco.

El padre Francisco lo miró, le impartió la bendición y lo dejó frío, cuando le dijo sin que él hubiera hablado: “Cuando hay mucho barro, habría que manejar con cuidado. Porque si no se rompe el motor”.

Después vino el fenómeno de “El Niño” y llovió cualquier cantidad. Los gringos empezaron a fundir las chatas y los autos y volvió el trabajo. Había poco margen de ganancia porque todos estaban desesperados por agarrar laburo, viste, pero la cosa cambió, entendés, le dijo López.

Gutiérrez se quedó observando cómo le devolvía la mirada. De pronto le pareció que quizá fuese una buena idea. ¿Por qué no?

Cuando se venía acercando el momento de su turno, Gutiérrez se acordó de López por la cera derretida que le chorreaba la mano y sintió ansiedad por lo que le diría el padre Francisco.

Era un barrio que Gutiérrez casi no conocía. Un lindo barrio, con rumor de ramas al viento, con olor a arboleda y a humedad. Parecido al olor a sexo de la otra mañana, pero más fresco.

Se dijo que tenía que estar bien atento para interpretar el sentido de lo que le diría el cura.

Lo primero que lo recibió fue la mirada del padre Francisco. Le pareció distante, con algo de lagarto que combinaba bien con su tez olivácea.

¿Qué te pasa, hijo?

Estoy enfermo, padre.

Le pareció que la voz del padre Francisco venía de atrás de él. La voz era nasal, como saliendo de una grabación.

Si, lo sé bien, hijo, lo sé bien, ten calma. Personalmente no puedo seguir tu caso, sabes, hijo, aunque por supuesto, voy a rezar por vos. Tenemos un grupo de auxiliares muy buenos que te van a ayudar. Andá con Sofía que está en el salón grande.

El padre Francisco le tomó el hombro con la mano izquierda y lo bendijo con la derecha.

Por qué carajo todos me tocan el hombro, se preguntó Gutiérrez.

Pensó que el padre Francisco debía ser centroamericano por el modo de hablar, pero no encontró nada especial en sus palabras. Esas palabras lo dejaron más tranquilo. Aquí no hay nada raro, pensó.

En ese momento percibió el olor a florero que había en la casa. Le resultaba familiar. De dónde. Se dio cuenta de que era parecido al del cementerio. Será para ir acostumbrándose, se dijo y se puso a observar el zumbido que sentía en la nuca. Tuvo ganas de irse pero ya estaba allí.

Fue al salón contigo y preguntó por Sofía. Era un vasto pabellón con varias mesas donde atendían hombres y mujeres. La mujer levantó los ojos e hizo un gesto con la cabeza como invitándolo a acercarse.

Algo le pasó cuando Sofía comenzó a hablar. Fue como si la voz de Sofía se le metiera adentro del pecho. Mientras le hablaba le volvió la sensación del olor del barrio y aspiró el aire con ganas.

Sintió una náusea, un vacío. Trató de controlar la respiración, pero el malestar no se le pasó del todo y le dejó una cosquilla a la altura de la tráquea.

Estaban sentados frente a frente. Él entrelazó los dedos de las manos y apoyó los codos sobre los muslos. Volvió a tener vergüenza. Era como someterse a un examen médico, a manos de una mujer. Otra vez a molestar con lo mismo. A Gutiérrez lo estaba cansando la condición de enfermo. Lo estaba cansando la marca de la muerte.

Sofía, detrás de su sonrisa, le dijo algunas cosas que él entendió poco porque lo seducía su voz. Después le pidió que le contara qué le pasaba y que le contara cómo estaba. Cómo, dijo él y ella le repitió la pregunta.

Gutiérrez sintió ganas de hablar, ganas de contarle algo, pero no sabía qué.

Hizo un esfuerzo mental y se puso a hablar de la enfermedad. Hablaba como si eso le pasara al pobre tipo que era. Pero se expresaba con alegría.

Miró la arboleda del barrio cuando se iba y volvió a sentir la cosquilla molesta a la altura de la tráquea.

Esa noche, después de tomarse su tres cuartos de tinto, le dijo a su mujer que seguía teniendo unas tetas hermosas y que la iba a chupar toda.

El lunes siguiente fue a la primera sesión con Sofía. Iba manejando y se sintió un poco ansioso. No le gustaba la facha con que lo habían dejado las agresiones de la primera quimioterapia y se había afeitado y peinado con esmero. Pero sabía bien que no podía ocultar las secuelas.

Ya empezaste, le dijo Sofía apenas lo vio ese lunes por la tarde.

Sí, le dijo Gutiérrez, estaba aburrido y quería entretenerme con algo. ¿Vos cómo andás?

Bien, ¿querés que te cuente?

Bueno, dijo Gutiérrez sorprendido.

Pará que acomodo las cosas y salimos a caminar.

La mujer de Gutiérrez pensó que quizá fueran las drogas lo que lo hacía comportarse de esa manera. Quizá el cóctel que tomaba lo excitaba, le aumentaba el deseo.

Esa fue una semana rara. No se acordaba de que él podía jugar tanto en la cama. Gutiérrez con una voz sibilante le pedía una cosa diferente a cada momento, como si nada le alcanzara. Y al final quedaba exhausto y entraba en una suerte de tensión soporífera que le duraba hasta la mañana siguiente.

No faltaba nunca a las sesiones y venía renovado.

A su mujer le daban celos los frutos del trabajo de la asistente espiritual sobre él. Ella era la que se esforzaba. Ella tenía que vivir con él, con su desgracia todo el tiempo. Ella se esmeraba en atenderlo. Pero tenía que ser magnánima y ocultar la tristeza que le producía el buen humor de él. Porque eso era lo que importaba, que él estuviera bien.

Cómo te fue con Sofía, le preguntó.

Bien, bien, mamita, le dijo Gutiérrez.

En el trabajo, los primeros tres o cuatro días hubo una actitud de seriedad frente a Gutiérrez, pero con el paso del tiempo la cosa tendió a normalizarse. La gente comenzó a

acostumbrarse a la ausencia de Gutiérrez cuando se sometía al tratamiento, y a su reincorporación posterior, cuando aparecía mostrando los estragos de la quimioterapia. Si bien había adelgazado unos kilos, se lo notaba bastante normal.

Como ya no salía de gira se quedaba siempre en el taller. Ayudaba con el teléfono y con el trabajo administrativo. Habían convenido que seguiría así hasta que mejorara, y al final de la tarde le cebaba, morosamente, unos mates a Toni.

Toni le contaba la marcha del negocio mientras patrullaba el escritorio mate en mano, sin dirigirle la mirada.

Hasta que en un determinado momento tomaba la decisión de acabar el trabajo y decía: bueno, listo.

Gutiérrez se sorprendía de la memoria inconsciente de Toni. Siempre paraba a la misma hora. Con una precisión de más-menos un minuto, corroboraba por enésima vez Gutiérrez.

Toni detenía la marcha, apoyaba ambos brazos sobre el escritorio, lo miraba a Gutiérrez que le devolvía la mirada y se sentaba con la cara iluminada para hablar de las chicas.

Mañana tenés que venir. Vamos a encontrarnos en el boliche. Ya dije que mañana vos venís, Julián.

Tengo sesión con Sofía.

Bueno, vení después. Total nos encontramos a las diez y media.

Esa era una tarde caliente. Se estaba yendo la tensión de la primavera y empezaba todo el revuelo del verano. Soplaba un viento recalentado debajo del follaje de las casuarinas y el olor entre fresco y dulzón no aplacaba la pesadez.

Gutiérrez y Sofía caminaban sobre la arena sucia de sedimentos en una de las cuatro plazas del barrio.

¿Cómo andás con Dios, Julián?

Y qué sé yo. Yo cuando vengo me siento bien. Si vos andás bien con Dios, entonces yo también.

¿Y rezás?

No sé. Yo no sé cómo decirte, muchas veces me veo desde afuera, o desde arriba. Como si fuera otro y hablo de mí. Me hablo del que veo y también es como si le dijera cosas a él, que soy yo.

Gutiérrez la miró a Sofía. No entendiste nada, le dijo.

Claro que entendí. Te entendí bien, pero yo te preguntaba si a veces hablás con Dios.

Y, con alguien hablo, cuando me veo desde afuera. Con alguien que está adentro mío y también afuera.

¿Y te hace bien?

No sé, pero es natural. Es como algo que te viene y allí está. No es algo que yo haga a propósito. Llega solo y es como hablar en silencio. Yo siento que a eso alguien lo escucha. A lo mejor yo mismo. Pero otro yo. ¿A vos no te pasó nunca?

Sí, pero existen oraciones que podés hacerle a Dios, o a la Virgen. Vos tomaste la comunión.

Claro, seguro.

¿Y no te acordás de las oraciones?

No, pero si querés pruebo.

Bueno, vemos.

Gutiérrez y Sofía caminaban muy despacio por un sendero bordeado de acacias. La tarde seguía cálida pero la brisa ayudaba. Gutiérrez sintió un súbito cansancio y le pidió a Sofía que se sentaran.

Escuchame, Sofía, hoy me tengo que ir antes porque me encuentro con López y algún amigo más.

Qué van a hacer, preguntó Sofía.

Gutiérrez intentó explicarle que iban a tomar unos tragos, pero la mirada callada de Sofía y la voluntad que se había hecho de decirle todo a su asesora lo hacían expresarse con vacilación.

Sí, viste, nos vamos a tomar unos tragos, y viste cómo es eso, nos vamos a tomar unos tragos.

Sofía lo miró en total silencio y, aunque no le pidió nada, Gutiérrez sintió que tenía que decirle todo.

Mirá, Sofía, en realidad nos vamos con las chicas. Se quedó dudando y después dijo. Sí, nos vamos con las chicas.

Quiénes son las chicas, preguntó Sofía.

Gutiérrez no sabía bien qué responderle, pero él respetaba una consigna con su asesora, y empezó a contarle.

A medida que se refería al asunto de López y sus momentos de esparcimiento, cuando dejaba el trajín de la empresa, empezó a sentir que hablaba de algo que no lo involucraba

directamente y eso le dio más seguridad. Aun cuando habló de su propia curiosidad, fruto de su inexperiencia en ese campo, tenía la sensación de describir a otro.

Sofía lo escuchó sin expresión alguna hasta que le preguntó si él, Julián Gutiérrez, y le repitió si él, Julián Gutiérrez, tenía ganas de ir de putas.

No sé, se escuchó decir el propio Gutiérrez.

Entonces yo voy con vos, dijo Sofía.

Era un cabaret que quedaba pasando Lagos, bastante antes de la terminal. La cortada no era tenebrosa en absoluto pero no había nadie en la cuadra.

Cuando Sofía y Gutiérrez entraron, enseguida lo vieron a López de espaldas, sentado con tres chicas a la mesa y una de pie siguiendo los compases de la salsa. Ése es Toni, dijo Gutiérrez.

El barman les dirigió una mirada bastante inquisitiva y ellos permanecieron en la puerta como pidiendo permiso. Después el barman hizo un gesto de asentimiento y entraron.

Cuando López se dio vuelta, se quedó serio observándolos, pero ellos ya habían emprendido la marcha hacia su mesa.

Hola, dijo Gutiérrez.

Hola, Julián, te viniste acompañado, ¿eh?

Sí, bueno.

Bueno, te presento a las chicas. Ella es Miriam, ella Shirley, ella Betina y ella Carina.

Ella es Sofía, dijo Gutiérrez.

Hola, le dijo Toni, con el tono de buena educación que le había inculcado una madre que lo había soñado ingeniero.

Julián Gutiérrez le conocía muy bien ese tono. Era muy respetuoso, como de reconocimiento a la importancia de la persona que le estaban presentando. Julián Gutiérrez había conocido a la madre de Toni, que siempre lo trataba como a un chico. Toni había aprendido inglés y piano. Había cursado con honores los tres primeros años de la carrera, cumpliendo con lo que esperaban de él. Pero paulatinamente se le fue terminando la voluntad de tocar "Para Elisa" y de estudiar matemáticas y se fue dejando llevar por sus apetitos: los motores y las putas.

Sofía le devolvió el saludo con una sonrisa.

Toni la miró atentamente. De golpe se le iluminó la expresión. Yo te conozco, le dijo sonriendo. ¿Vos laburás en el D'arcy, no?

¿Qué D'arcy?

El D'arcy. El cabarute de la otra cuadra.

No, ella es Sofía. Sofía, mi asesora espiritual.

Si, sí, yo tengo cuatro, ¿viste?

No, ella es Sofía, la que trabaja con el padre Francisco, ¿te acordás?

López levantó las cejas y abrió más los ojos.

Eh, dijo.

Sofía, mi asesora espiritual.

Ah, ah sí, disculpe, cierto, uy discúlpeme. Dijo López y se tomó un trago de ron.

No pasa nada. No te hagás problema, le dijo Sofía.

Ah, el padre Francisco. De allí la conozco. Sí, una de las asesoras espirituales.

Pero veo que vos tenés las tuyas, dijo Sofía.

Sí, je je.

Te asesoran de primera, ¿eh?

Sí, je je, qué sé yo. Bueno, disculpame, no me di cuenta. ¿Quieren tomar algo? ¿Toman ron?

Bueno, dijo Sofía. Cómo te llamabas vos, le preguntó a una de las chicas.

Después del cimbronazo, viendo que Sofía conversaba con las chicas e inmerso en la benignidad del ron, López se fue relajando. Cada tanto manifestaba su cariño por Gutiérrez con continuas palmadas, a las que él asimilaba con resignación.

Las mujeres charlaban alrededor de Sofía. Yo voy a ir en algún momento. Yo ya fui, es bárbaro. Yo no vuelvo a ir con él ni en pedo, para mí que me quiso voltear, que garpe si quiere.

Al final se trabó una conversación entre todos y pidieron la segunda botellita de ron. Era de medio litro, pero las mujeres no tomaban casi nada.

Gutiérrez, siguiendo el camino de López, se puso bastante mimoso. Hablaba poco, pero les sonreía a todas, incluso a Sofía.

Alrededor de las tres, López le dijo que se iba con dos de las chicas, Gutiérrez se sintió un poco perdido. Era muy tarde pero no tenía ganas de volver a su casa.

Ya te vas, le preguntó a López.

Sí, viejo, ya me voy y se incorporó despacio. Pasado mañana nos vemos. Chau. Chau, Sofía.

Cuando López se retiró con dos de las chicas, Gutiérrez se quedó callado, sin saber qué hacer.

Te gustaría ir con una de las chicas, le preguntó Sofía.

Gutiérrez no contestó.

¿No quieres venir conmigo a mi casa? Yo manejo.

El verano no terminaba de llegar y la temperatura era bastante agradable. Sólo a la hora de la siesta llegaba la modorra, después del almuerzo en el taller. La mayoría se echaba unos minutos cerca de la mesa grande o en el patio contra el muro y dormitaba. Algunos se quedaban conversando tranquilamente. Era el momento en que López no caminaba. Permanecía sentado en su escritorio, birome en mano y escribía sobre sus cuadernos con gran concentración. Cada tanto levantaba la mirada hacia donde estaba la gente, pero era evidente que no los veía. Se incorporaba cuando todos empezaban a retomar sus labores.

Gutiérrez tenía permiso para retirarse a su casa y volver más tarde si se sentía con ganas. Y se iba para el barrio todas las siestas, unas tres horas. Todos sabían que se iba para el barrio.

Está picante Gutiérrez. Voy a ver si yo también le hago una visita al padre Francisco. De última, si no consigo asesora, lo invito a él.

No seas animal, che, que estás hablando de un santo, tené un poco de respeto.

Bueno, lo trato de usted.

Gutiérrez siempre volvía al trabajo. Se lo veía más flaco y grisáceo, pero de muy buen humor, devolvía el buen trato con una sonrisa un poco descarnada.

No le había costado mucho superar el tremendo disgusto de su mujer por no haber vuelto a dormir aquella noche.

¿Dónde estuviste? Me querés matar de la preocupación. Que te quedaste dormido en el auto. ¿Qué te pasó? Llamé a la comisaría y al sanatorio.

No te preocupés, Lily, está todo bien.

Cómo que no me preocupe. ¿Dónde estuviste anoche?

Salimos con Toni.

¿Pero cómo es que recién llegás?

Se me hizo tarde. Me quedé dormido en el auto. Pero no te preocupes que estoy bien.

A la mujer de Gutiérrez le vino un acceso de ira. No entendía cómo estaba tan tranquilo. Quería pegarle. Hacerle eso a ella. A ella que se moría de tristeza por su enfermedad. Que se desvivía en llevar con dignidad semejante trance. Quién te creés que sos, le gritó rabiosa.

Gutiérrez no contestó nada. Se tomó el resto del vino y se fue a la cama. Tenía mucho en qué pensar.

El verano, como siempre, parecía querer acelerar las cosas. Las flores se iban terminando y el olor se volvía más dulce. Los insectos envejecían y se empezaba a percibir el aroma de la madera.

La mujer de Julián Gutiérrez había cambiado. Se desvivía más que nunca en atenderlo. Atribuyó la falta de deseo de Julián a un efecto rebote de los químicos. Todo lo que sube rápido, baja igual y le fue inevitable pensar en los atributos de su esposo.

Julián Gutiérrez había dejado de observarse durante ese tiempo. Y a centrar su vida en torno de las siestas largas del verano.

Pero su propio deterioro fue imponiéndose. A veces se sentía tan débil que le costaba levantarse.

Empezó a quedarse en cama mucho más tiempo. Faltaba al trabajo.

No hay problema, le decía López. Y colgaba el teléfono con el gesto entristecido.

Se levantaba cuando tenía fuerzas para ir al barrio. Todo era muy pesado. La puerta del auto, el volante. Hasta el pedal del freno. Pero le encantaba llegar y sentir el rumor de las ramas que crujían más rígidas y el olor de Sofía. El olor de la boca de

Sofía y el olor del pelo entrecano que se recogía dejándolo colgar sobre las orejas. Julián Gutiérrez pensaba en el olor de los pechos de ella y retornaban las fuerzas.

Su mujer aceptaba como podía. En su momento le pondría los límites. Esa noche hubo una tormenta de rayos y truenos. Se escuchaba el ruido a rama desgarrándose de los rayos y la explosión de los truenos. Era una tormenta que quería decir algo, pensaba afiebrado Julián Gutiérrez. Sabía que su mujer estaba despierta y que miraba el techo. Sonó un rayo como un disparo y Gutiérrez esperó que se desbarrancara el trueno. Cuando sintió el fragor de rocas cayendo puso su mano sobre el vientre de su mujer. Se quedó quieto quizás un minuto y después montó en ella y se lanzó a un galope hirviente y escuálido.

Al otro día no se levantó. Apenas abrió los ojos al mediodía para comer un poco de puré. Tampoco al día siguiente.

Después de la siesta del tercer día, alrededor de las seis de la tarde, Julián Gutiérrez abrió los ojos completamente, fijó la mirada y tras unos instantes se sentó en la cama.

Entonces sonó el timbre.

Gutiérrez trató de escuchar los fragmentos del diálogo escaleras abajo. No podía entender las palabras. Pero sí clasificar el tono.

Sintió la fuerza de su mujer al subir los peldaños y empujar la puerta del dormitorio. La encontró parecida al padre Francisco.

Es Sofía. No quiero verla ni que la veas más. Se terminó. O ella o yo, me entendés. O ella o yo. Decidite ya.

Hubo un momento de pesado silencio.

Julián Gutiérrez no dijo nada. Miraba hacia adelante.

Desde los diferentes puntos de su estragado cuerpo, se movilizaron sus últimas reservas físicas para hacerlo incorporar y calzar las pantuflas que tenía al costado de la cama. Y para hacerlo pasar delante de su mujer escaleras abajo, que inmóvil lo observó partir por sus propios medios.

Una semana después, cuando los fresnos empezaban a buscar su amarillo, y la humedad aumentaba, Julián Gutiérrez murió en el barrio donde le había sido dada la felicidad de enamorarse.